

evocaciones

Envío a Nancy Cárdenas, activista ejemplar

Carlos Monsiváis

Enero de 1994

Queridísima Nancy:

¿Quién te puede dividir, Nancy, tú la del cardenismo marginal? Eres un fenómeno unitario en tus poemas (el amor custodiado por la ironía), en tus puestas en escena, en tu actividad política, en tu teatro (directora, autora, traductora), en tus artículos, en tu lucha por los derechos tan irrefutables de las minorías. Al trazar las notas para este recado me doy cuenta de lo que eres y de lo mucho que significas para tus amigos, y sólo te pido por favor, en tu horizonte teatral, que te resignes a la dimensión cívica. Es mucho lo que le significas a la sociedad mexicana.

Empiezo desde el principio este relato de la amistad y la admiración. Te vi por vez primera en 1955, en los pasillos de la Facultad de Filosofía, y me atrajo vivamente tu *body language*, tu modo de discutir y de conminar al esfuerzo heroico de ir a clases. División del trabajo de hace 40 años: yo era tímido y tú, sin poder evitarlo, protagónica. Luego el licenciado Luis Prieto Reyes, de la Universidad, me presentó contigo y lo supe todo media hora después: habías nacido en 1934 en Parras, Coahuila, de familia numerosa de orígenes campesinos y comerciantes, estudiabas arte dramático y querías dirigir, escribir, actuar. . . ¡Ay los años cincuenta! Todos (los que debíamos conocernos) nos conocíamos, la ciudad invitaba a diálogos y caminatas, y los problemas nacionales no debían serlo o parecerlo tanto porque les dedicábamos un interés lejano. (Muchas situaciones no nos irritaban porque ignorábamos que debían irritarnos.) Y al agobio de una sociedad normada por la censura le oponíamos lo que teníamos a mano: lecturas, rechazos, gestos, sesiones de psicoterapia gratuita jugando a *La Botella* (el Juego de la Verdad) que, en la madrugada, nos permitía las confesiones aparatosas que

luego no conseguíamos recordar. ¡Ah, saber de nuestro apetito sexual a través de las respuestas audaces! Y estábamos tan empeñados en ser distintos que no nos sentíamos marginales.

Tu entraste a Poesía en Voz Alta, la experiencia teatral de una generación, y muy pronto te decidiste por el *come out*, inspirado en la consigna casi sartreana: “se vive solamente una vez”. Te hiciste de amistades inesperadas (para nosotros que leíamos para vivir) y no te abstuviste de lo que entonces, con cierto candor, llamábamos “bohemia” y que en lo básico consistía en el juego de lo entrecomillado: la “vida irregular”, los horarios “del desarreglo”, las “conductas equívocas”. Recuerdo vívidamente un noche de 1957 o 58, cuando llegaste al departamento de Sergio Pitou, en la calle de Londres, con un grupo de amigas, entre ellas una mujer que me pareció muy austera o muy esencial, de jorongo, calzón de manta y huaraches. Ella cantó maravillosamente y me hizo conocer canciones portentosas: *Mi segundo amor*, *Maringá*, *Macorina*. ¡Qué singular Chavela Vargas! Con intuición extraordinaria, ella llevó adelante la gran empresa de Lucha Reyes, convertir la canción ranchera en algo cercano al blues, igual desgarramiento anímico, igual carga autobiográfica, igual vehemencia expresiva. Chavela también, al prescindir del mariachi, acentuó el encuentro del solitario o la solitaria con la música.

Chavela reía y tomaba, y yo me asombré viendo el comportamiento y las formas de vestir de un grupo entonces más que idiosincrático. En el desafío a una sociedad incapaz no digamos de admitir sino de concebir la diferencia, el dandismo (y en todas ustedes se imponía un dandismo inaugural) era obligación de estilo y vida: desde la elegancia imperativa había que pregonar apetencias y rechazos. Con atuendos calificados “exclusivamente masculinos”, en la etapa anterior al unisex, tú y tus amigas recreaban su decisión de vivir como se les daba en gana, trascendiendo —no sin culpa, no sin lucidez— los límites de una cultura calificada por sus represiones, que juzgaba a las heterodoxias en la escala que va del “desfiguro” a la “perversión”. En materia de libertades expresivas, todo parecía nuevo y, pese a las condenas bíblicas y judeocristianas, la heterodoxia no se vivía como fatalidad (en la mayoría de los casos) porque a la fuerza, sus resonancias eran íntimas, y porque, sin que lo pudiésemos analizar, el crecimiento urbano ya admitía el comportamiento “disonante” mientras se debilitaba el apremio del castigo. Y ya se colaba la tolerancia con el pretexto del humor cínico: “Que ha-

gan lo que quieran, pero que no se metan conmigo. . . y si se van a meter conmigo, que me avisen con tiempo para quedarme”.

Interrumpo un momento mi perorata para evocar algo que conversé largamente contigo: el mundo de las lesbianas mexicanas en la primera mitad, ocultado por el prejuicio y la incredulidad que iba más allá de los prejuicios. ¿Cómo era posible? Mujeres que se entendían entre sí, sin la necesidad de los hombres. El lesbianismo era tan inconcebible que a sus practicantes se les vilipendiaba por el aspecto de “marimachas” o de “quedadas profesionales”, y no por la conducta que la sociedad se negaba a creer posible. Así, a las maestras de invariable traje sastre, a las activistas políticas de corte férreo, a las solteronas que amistaban románticamente con jovencitas, se les hostilizaba por no ser femeninas, y ser agrias y severas, pero no por ejercer su sexualidad. Así, pese a las evidencias, no se comentó en vida de ellas el lesbianismo de Frida Kahlo o Lucha Reyes, y muchísimo menos el de Gabriela Mistral. Hubiese sido sacrilegio.

Vuelvo al recuento. En esos años cincuenta vivíamos para asombrarnos de nosotros mismos y a fin de cuentas esa premisa tan banal resultó liberadora por contraste. Nos decíamos con otras palabras: “Hoy me daré a mí mismo una lección de audacia”. Y la pedagogía de no dejarse, de combatir a golpe de actitudes la censura del medio, nos conducía a la célula “Federico Engels” del Partido Comunista Mexicano y a los bares, las noches de los sábados. Entonces cualquier incidente se volvía una experiencia límite (éramos jóvenes, estábamos reprimidos, dependíamos de la imaginación en materia de estímulos), y oír a Chavela en El Otro Refugio (exactamente arriba de El Eco, un bar mitológico) o en El Safari era un gusto personal y un riesgo que se volvía adelanto social.

Tú actuabas: te vi en una puesta en escena, *Despertar de primavera* de Frank Wedekind. Y entreverabas el teatro con un activismo que entonces no llevaba ese nombre, dotado de la mayor elocuencia: la de quien se propone robarle espacio a la represión. En los cincuenta, en la ciudad de México sólo se admitía, para mejor aniquilarla, una disidencia: la protesta política. Y en 1958 surgió el movimiento estudiantil en contra del alza de las tarifas camioneras. Tú participaste porque había que hacerlo, fuiste a marchas y asambleas, hiciste guardias. Te evoco con precisión un mediodía, al llegar la manifestación al Zócalo. A las puertas de Palacio Nacional, se discutía la representatividad de quienes dialogarían

con el presidente Ruiz Cortines (un político sagaz de las postrimerías del siglo XIX extraviado en la modernidad de licuadoras y refrigeradores). Oíste con atención las disputas, te aseguraste de que no te tocaría entrar a Palacio, emitiste la consigna y te fuiste en su seguimiento: "¡Al Departamento Central!!! ¡Que nos reciba Uruchurtu!!! ¡Justicia para el Pueblo!!!" Allá fuiste, intrépida, a la toma de una entrevista como de una ciudad norteña, y te tocó una pedrada mortífera en la nariz y demandaste al Departamento Central, y creo que ganaste el pleito. Eres imposible, Nancy.

Luego partiste a Yale y me heredaste tu programa en Radio Universidad, *El Cine y la Crítica*, y a tu regreso nos vimos con más frecuencia. Rentaste por un tiempo un cuartito incómodo y romántico en El Pesebre, un sitio que se me antojaba legendario, donde las fiestas iban de capítulo bíblico en capítulo bíblico (el triunfo del arrepentimiento sobre la orgía, la victoria del ligue sobre la moraleja), y en donde, una noche, tu amiga, la aristócrata francesa, nos contó su participación heroica en la Segunda Guerra Mundial, la tanguista que detuvo por su cuenta a más de 50 alemanes.

Empezaste a dirigir teatro. Te interesaba especialmente la actuación y un tono sobrio y sólido en las puestas en escena, y desconfiabas, admirándolo, del espectáculo a lo Juan José Gurrola. Me acuerdo del teatrillo de la colonia Nápoles y de tu formidable puesta en escena de *Picnic en el campo de batalla*. Allí lancé el epíteto que tanto te divertía "¡Oh, Parras Atenea!" Y cada año nos íbamos a la Reseña de Festivales Cinematográficos en Acapulco, y cada semana en Radio Universidad organizábamos *sketches* y parodias del tema de moda en el programa *El Cine y la Crítica*, cuyo nombre ya nada tenía que ver con la intención.

El 68 te cambió y potenció tu activismo. Formamos parte desde el principio de la Alianza de Intelectuales, Escritores y Artistas en Apoyo al Movimiento Estudiantil, título kilométrico que amparaba a 50 o 60 personas que recogíamos firmas y dinero para los manifiestos, asistíamos a las marchas, discutíamos. A ti te tocó coordinar los actos de los domingos al mediodía en la Explanada de Rectoría. Invitabas a poetas y cantantes, leías textos breves, te alborozabas. A ti y a mí, cerca de 500 personas, nos confiaron sus firmas en los manifiestos de urgencia, ¡y qué de pleitos con los revolucionarios guevaristas que exigían proclamas más que incendiarias! Y los sábados grabábamos *El Cine y la Crítica*, con parodias fervorosas del aparato ideológico de Díaz Ordaz.

El 2 de octubre Beatriz Bueno, Luis Prieto y tú acudieron al mitin en la Plaza de las Tres Culturas. Llegué tarde, y ya sólo localicé a Luis, empeñado en buscar al general Lázaro Cárdenas para contarle de la matanza. Y como a las dos de la mañana te localicé y, si la memoria no me es infiel o si no le soy infiel a la memoria, te oí desesperada, refiriéndome a gritos tu experiencia. Es la única vez en que, de manera comprensible, renunciaste a tu optimismo, aunque al día siguiente, tan audaz como siempre, fuiste por el auto que habían dejado en Tlatelolco.

Meses más tarde te decidiste a ser más específica y a dar la batalla por las minorías sexuales. Nunca te ha preocupado el qué dirán, más bien te divierte, y los tiempos cambiaban o había que cambiarlos. Me acuerdo de la cena en 1969 donde comentamos lo que había pasado en Nueva York, el día del entierro de Judy Garland. En Greenwich Village, en el bar Stonewall, hace 25 años, la policía intentó otra más de sus redadas, y con ánimo francamente histórico los homosexuales y las lesbianas no se dejaron, hubo enfrentamientos dos días seguidos y la policía retrocedió. Surgía el movimiento de liberación *gay* y tú te emocionaste. Luego, en 1971 y 72 me escribiste a Londres contándome las primeras reuniones *gays* en tu casa, el protagonismo tan fuera de circunstancias de algunos jóvenes, el sectarismo que se heredaba de la izquierda marxista, las dificultades o imposibilidades de un discurso no dogmático en un movimiento que empezaba. Como de costumbre, los actos fueron incomparablemente mejores que el discurso. Así por ejemplo, al cabo de una *razzia* de sábado en la noche con notas y fotos en la prensa, un grupo de los arrestados demandó a la policía por actos anti-constitucionales. Y no di crédito cuando el empleado de un almacén de ropa, cesado por homosexual, le puso pleito a la empresa. Yo te enviaba materiales y tú me sorprendías con las noticias de la súbita conciencia de derechos en los pocos que resultarían legión.

La experiencia frustránea del *Gay Liberation* te hizo pasar a otra etapa, y te concentraste en el teatro, en la formación de actores en las tradiciones escénicas de Inglaterra y los Estados Unidos. Luego, en 1972, creíste necesario montar *The Boys in the Band*, la pieza de Mart Crowley. Te argumenté en contra: es una obra basada en el chantaje sentimental, es pre-Stonewall, hace de la autocompasión el alegato indispensable. Me oíste con la atención que me dedicabas cuando no querías hacerme caso y replicaste (no con esas palabras, sí con ese sentido): "México vive con mucho atraso su ingreso a la tolerancia, y en un medio tan machista

la autocompasión es una forma de reconocimiento". Tenías razón, como lo probó el escándalo y la rabieta moralista que siguieron. El delegado Delfín Sánchez Juárez se llamó a ofensa y no autorizó la puesta en escena en el Teatro de los Insurgentes "porque iba en contra de la moral y las buenas costumbres". Y no obstante los artículos en contra y las difamaciones, la comunidad intelectual y artística (que existe cuando se organiza) salió en tu defensa y finalmente se autorizó la obra. El escándalo siguió, pero el moralismo ya estaba a la defensiva, y se resignó a fotos *shocking* y a los berrinches de la homofobia: "Los raritos se encuentran/Los invertidos se divierten/¡Ay sí tú! Yo también tengo derechos". Pero habías ganado y ampliamente.

Crees en el derecho de toda minoría a disponer de su tradición, y en tu galería personal las heroínas eran inevitables: Gertrude Stein, Virginia Woolf, la pintora Natalie Barney, la novelista Radclyffe Hall (cuyo *Pozo de la soledad* adaptaste para teatro), Willa Cather, Janet Flanner, Colette, Chavela Vargas. Y nunca has tenido miedo, lo que tal vez habla muy mal de tu sentido de la realidad. Mira que sólo creer en la convicción. Por eso en 1974 aceptaste la invitación de Jacobo Zabludovsky y fuiste a comentar positivamente, por vez primera en la televisión, los derechos de las minorías, la homosexualidad responsable, la característica de elección libre tan opuesta a la noción de "enfermedad". Millones vieron el programa (incrédulos, supongo) y fui testigo en un restaurante del número de los que se te acercaban y felicitaban. Para ellos tú inaugurabas algo en México: el valor civil en materia de opciones sexuales. Y luego, en 1975, durante el Año Internacional de la Mujer, que en México típicamente presidía el Procurador General de la República, te fui a oír al Centro Médico en una mesa redonda sobre lesbianismo. Los organizadores no querían permitir el uso de una sala, reclamaste con energía, y al final, no sin apremios, tuvo lugar la discusión, brevísima, donde argumentaste con la pasión sarcástica y regocijada que te distingue. Y a la salida, la ignominia. Un grupo de mujeres de los mercados, pagadas por algún delegado resentido, te aguardaba con mantas y pancartas: "¡Fuera Nancy Cárdenas de México! ¡Mueran las degeneradas! ¡Queremos un México limpio de perversiones!". Te agredieron verbalmente con furia y tú, sin inmutarte visiblemente, les respondiste, las llamaste al debate, las regañaste por alquilar su conciencia, Isabel y yo te veíamos y te admirábamos. Ni por un instante te dejaste amedrentar, razonaste, hiciste que se apartaran para que saliéramos.

¡Qué necia eres, Nancy, pero qué necia eres! El 1 de octubre de 1978 hablamos de la matanza de Tlatelolco y discutimos largamente sobre tu participación en el contingente *gay*. Quedaste en no ir para no precipitar otro capítulo de la historia de tu linchamiento moral, una activista predilecta de la derecha. Al día siguiente, ¿a quién veo encabezando al grupo *gay*? Claro que a ti, divertida, energética. Ese día entendí a fondo tu procedimiento básico, te doblegas ante la prudencia y luego te cansas de su tiranía. Y cómo te emocionaron los aplausos (que sí se dieron) al anunciarse en el micrófono el arribo de los *gays* a la Plaza de las Tres Culturas.

Has hecho teatro, has tenido éxitos memorables (*El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas*, *La maestra bebe un poco*, *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*), no te has abstenido del fracaso (tu versión de *Pedro Páramo* que hallé tan rígida), has recibido a modo de medalla de honor los ataques de grupos como Pro-Vida, y has sido en todo momento solidaria, con generosidad inevitable. De allí tu puesta en escena de *Sida. Así es la vida (As is)*, un llamado de atención interno y externo sobre la suerte de tu tribu ante la enfermedad que decidió el *come out* masivo. Y has organizado, convocado, discutido, publicado relatos, guiones, artículos. Y has escrito los poemas que te publicaron en *El Búho de Excelsior* y que ahora te edita Consuelo Sáizar, los poemas de tu desbordamiento erótico y del sarcasmo con que observas tu alborozo romántico. Estos textos resultan de tus lecturas de Salvador Novo y Efraín Huerta, de tu gusto por el monólogo "a la mitad del foro", de tu necesidad de consignar casi aforísticamente o casi de manera coral lo vivido. Qué voluntad la tuya, las relaciones amorosas se extinguen y tú escribes para tener presente que empezaron y que te enriquecieron y te permitieron desplegar tu vocación magisterial y tu historia sensual. Escribes para que no te atrapen los recuerdos, y escribes para dar constancia de tus encuentros con la literatura, el teatro, el valor de ser distinta, el activismo, la humanización de tu (nuestra) realidad.

¡Qué necia y qué formidable eres Nancy!

Carlos

Nancy Cárdenas murió de cáncer el 23 de marzo de 1994